

# BOLETIN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Domicilio: Calle de Francisco Giner, 14.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspira a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.— Suscripción anual: 12 pesetas en la Península y 15 pesetas en el Extranjero.—Número suelto, 1,25 pesetas.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.

AÑO LX.

MADRID, 31 DE MARZO DE 1936.

NUM. 911.

## SUMARIO

### PEDAGOGÍA

Los problemas de la escuela. XVII. Los libros, por D.<sup>a</sup> María Sánchez-Arbós, página 49.—Normas para una organización de la enseñanza técnico-industrial (continuación), por D. Luis G. Castellá, pág. 52.

### ENCICLOPEDIA

La catedral de Avila (conclusión), por don Francisco Giner, pág. 55.—Los cuartetos de los lunes, por D. Manuel B. Cossío, página 57.—La ciencia de la Historia (continuación), por D. Rafael Altamira, página 62.

### INSTITUCIÓN

IN MEMORIAM: Maré-Alta. D. Manuel B. Cossío, por D. Manuel Monteiro, pág. 67.—Notas de excursiones: Toledo, Navalcarnero, Villa del Prado, Cadalso de los Vidrios, Cenicientos, Almorox, Escalona, Maqueda, Santa Cruz del Retamar y Valmojado, por D. José M.<sup>a</sup> Giner y D. José Ontañón, página 68.

## PEDAGOGÍA

### LOS PROBLEMAS DE LA ESCUELA

por D.<sup>a</sup> María Sánchez-Arbós, C. A.

Directora del Grupo escolar "Francisco Giner", de Madrid.

#### XVII.—LOS LIBROS.

Como siempre se reacciona bruscamente, la escuela se ve hoy, por contraposición, en la casi obligación de que el niño no utilice libro ninguno para el estudio. Han sido muchos los años que han pasado, no usando, sino abusando de este instrumento de cultura y con carencia absoluta de cualquier otro. Sin ser muy viejos, recordamos nosotros todavía nuestros pocos y mezquinos libros de estudio se-

ñalados con la rayita o la cruz que marcaba desde dónde y hasta dónde había que estudiar de memoria, para repetirlo una y otra vez diariamente al maestro, que ofrecía la escena más viva todavía, tomando la lección al pie de la letra con el libro abierto, para que no se perdiera ni una sola coma. ¡Quién diría, al recordar estas escenas, que todavía hay padres que se entusiasman viendo cómo el chico recita el libro!

El empleo de estos libros llamados "de memoria", y así lo eran simplemente, llegó a constituir todo el material científico de la escuela, y al maestro no le incumbía más papel que el de tomar la lección. Esta verdadera pasividad por parte del maestro y este solemne aburrimiento que los tales libros producían entre los niños, dió al traste con ellos, y los maestros nuevos y las escuelas renovadoras los detestaron y arrinconaron completamente. La escuela renovada no ha vuelto a usar un libro "de memoria". Parece que este gran privilegio escolar cedió sus dominios a la segunda enseñanza, donde a diario escuchamos todavía protestas contra los libros de texto (nueva denominación de los "libros de memoria"), y contra desaprensivos profesores que aún piden la lección al pie de la letra.

No hizo mal la escuela renovada al suprimir en absoluto los procedimientos de la antigua escuela; por reacción brusca, no tuvo más remedio que hacerlo, porque ya hemos indicado en otras ocasiones que las medias tintas no convienen a nadie. Convendría o no utilizar el libro en la es-

cuela; pero el abuso que la escuela antigua había hecho de él reclamaba ahora en el primer momento su destierro absoluto.

Al "libro de memoria" había que sustituirlo con la viva voz del maestro, y así se hizo; pero la viva voz del maestro era contrarrestada con la pasividad del alumno, y para evitarla, la escuela nueva acudió al cuaderno. El cuaderno de clase sustituyó al "libro de memoria", con algunas ventajas sobre éste. La primera, la de confeccionar el mismo niño su trabajo, y la segunda, la de dar un gran impulso a la redacción y a la escritura. El uso del cuaderno en la clase tuvo sus éxitos, y desde luego, fué preferible en mucho al libro; pero la demasiada estabilidad de las cosas acaba en rutina, y tomado el cuaderno como única actividad de la escuela, está a punto de fracasar, lo mismo que fracasó el "libro de memoria". Si el niño pasa al cuaderno las explicaciones del maestro a raíz de escucharlas, y sin más comentario precedente o siguiente, el cuaderno también es una rutina, y estamos ya un poco recelosos de las frecuentes contestaciones de los niños, de "eso lo tengo en el cuaderno", dándose el frecuente caso de guardar el alumno su flamante y perfecto cuaderno, mientras que tiene la más absurda idea de las cosas. Esta advertencia, ya familiar para muchos de nosotros, nos ha hecho pensar, y hasta dudar, de la utilidad más o menos franca del cuaderno y del perjuicio más o menos grande del libro. Al fin y al cabo, el que duda, como dice el Sr. Ortega, es el que está más en el camino de saber. Además, estar en constante ensayo es también el ideal de la mejor escuela.

La escuela de hoy no está satisfecha del cuaderno de clase; ha podido observar bien claramente que tiene también su parte de rutina, y que si bien no señala hasta dónde hay que recitar, sí limita hasta dónde hay que escribir, y tiene, además, un grave inconveniente, y es éste: el que el vocabulario del niño, poco preciso y claro, como es lógico a su edad, no acaba de concretar lo que se ha de entender, por lo cual

el cuaderno no puede hacer de libro, que es lo que se pretendía, y, frecuentemente, el niño no entiende nada de lo que ha escrito.

¿Es que por haber sido utilizado malamente el libro en las viejas escuelas no lo va a aceptar la escuela renovada? Ha pasado ya el primer momento de reacción, y todas las escuelas creen acertado volver la vista atrás para tomar o dejar lo que antes se tuvo por conveniente. Es hora también de que cambiemos impresiones sobre el uso de los libros en la escuela.

Desde luego, estamos utilizando en la escuela, no *el libro*, sino muchos libros. Van siendo muchas las escuelas que, por un camino u otro, nos agenciamos biblioteca, y en la mesa del maestro no faltan libros: de Historia, de Geografía, de Ciencias; libros que el maestro toma con frecuencia para dictar unas líneas, para leer una poesía o un cuento, o para enseñar un grabado; pero no es a esto a lo que nosotros nos referimos concretamente; nos referimos justamente al libro de estudio; al que tiene el niño como suyo personal, que lleva y trae diariamente, y asegura en él lo que el maestro ha dicho en clase.

No sé si será porque la tradición pesa mucho o porque las familias lo desean, o porque el maestro explique las cosas demasiado ceñidas; pero es lo cierto que en las clases de niños de 12 a 14 años hay gran afición al libro, y hay niños que traen medio escondida una "enciclopedia", y otros que, al explicarles cualquier sencilla ley física, nos han respondido, entre ruborizados y satisfechos: "eso lo dice aquí este libro", descubriendo entonces su escondido tesoro. Cuando más de una vez yo he hecho estas observaciones, me ha ocurrido siempre entablar la discusión que ahora planteo: ¿Deberemos usar o no el libro de estudio en la escuela? La más satisfactoria contestación a esta pregunta sería aquella de que todo es aceptable usado con tino y discreción, y que todo fracasa cuando no se tiene acierto. Verdaderamente que así es; pero más concretamente conviene que pensemos en este interesante

problema a que nos llevan dos cosas sumamente importantes: una, la de advertir este deseo vehemente que sienten hoy los niños, quizá más intensamente que hace unos pocos años, de saber muchas cosas, de saberlo todo, y la otra, este tanto de anarquía que la escuela siente con cierta ambición, anarquía que se fija más en la personalidad del niño, a quien nada se le ha consultado antes, a pesar de ser el elemento de quien la escuela vive.

El maestro no sabe olvidarse de sí mismo; se preocupa más de sí que del niño. Impuso el "libro de memoria" con todo autoritarismo, y se siente igualmente autoritario para suprimirlo. ¿Se ha contrapesado bien el fracaso de aquél con el éxito de ahora? ¿Hemos observado lo suficiente la capacidad de estos alumnos y los deseos que ofrecen?

El libro es siempre para el niño de un gran atractivo. Lo estudiará o no, le hará caso más o menos días, lo tratará mejor o peor; pero es lo cierto que el libro entusiasma al chico y que excita esto que solemos llamar aplicación.

Recuerdo los primeros meses pasados en un primer grado, donde los pequeños tenían lápices y papel, y en los papeles, dibujos, muchos dibujos, y en todos, colores. Ya leían y escribían palabras, y hasta hacían sus pinitos en componer frases. Una de las pequeñas a quien yo felicitaba por sus notables progresos, me decía, con cierto aire de tristeza, que sabía muy poco, porque aún no le habían dado libro. Al día siguiente llevé a la clase libro para todos, y ¡qué alegría se experimentó cuando cada cual pasaba las hojas, y hasta comprobaba que entendía muchas de las primeras! Desde aquel día, los progresos fueron mucho mayores: los niños no supieron prescindir del libro del primer día. Estas observaciones y otras muchas cuidadosamente anotadas son las que nos han llevado a la duda de si deberemos volver a tener libro. Casi podríamos contestar afirmativamente, si no nos diera cierto miedo de pensar en la segunda parte. ¿Qué libro será el que adoptemos como libro de clase? No es lo

mismo el libro que los libros. Libros de Aritmética, de Gramática, de Geografía, etcétera, etc., se escriben algunos bien presentados; pero no vamos a escoger muchos libros (pensemos en nuestros alumnos de segunda enseñanza, con edad de escuela primaria, 10 ó 12 años, y en el espanto que les causan los libros del Instituto), entre otras razones, por las del coste. Terror nos da también el recuerdo de esos pobres niños cargados con una cartera que abulta más que ellos. Lo que nosotros buscamos para nuestra escuela es "el libro"; el libro que complete las ilusiones del niño y que utilice con el mayor atractivo.

Libro compendioso y repleto de ciencia lo ofrecen las enciclopedias, a cuyo nombre veo alzarse, gesticulante y extrañada, la mirada de algún lector; no, no pido la enciclopedia tampoco; no es allí a donde me dirijo. Creo únicamente que el libro está bien en manos del niño, que el niño lo desea y lo aprecia, y que con él se encariña y aprende a quererlo más adelante. En más de una ocasión hemos observado con qué esfuerzo el niño de 12 años ha tenido que enfrentarse con el libro que no ha manejado antes. ¡Cuántas dificultades hubiera podido evitar, si en la escuela primaria le hubiéramos enseñado a estudiar un libro! Además, éste carácter individualista, tan de actualidad, y tan español, exige muchas veces y rinde casi siempre un esfuerzo personal mucho más valioso cuanto más aislado de la influencia de los otros. Este esfuerzo puede ofrecerlo el libro, el libro que el niño debe tener como interesante instrumento de trabajo. Pensemos ahora cómo confeccionaremos el libro que nos satisfaga estas modestas aspiraciones.

---

## NORMAS PARA UNA ORGANIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA TÉCNICO-INDUSTRIAL (1)

por D. Luis G. Castellá.

Director de las Escuelas de Trabajo de Villanueva y Geltrú.

(Continuación.)

### Métodos de enseñanza.

Lo que especialmente debe caracterizar el método a seguir en el desarrollo docente del grupo de disciplinas pertinentes a la inmediata formación profesional del individuo, y lo que debe distinguirlo del de aquellas otras disciplinas cuya finalidad sea la cultura *per se* y desinteresada, es que las primeras deben acometerse con un método más práctico y realista que las segundas. Si siempre es de desear que en toda clase de enseñanzas imperen los métodos de la Escuela activa, ellos deberían informar de una manera especial el primer grado de enseñanza técnico-industrial.

El profesor procurará buscar o crear centros de interés, haciendo la Escuela activa y no dogmática. En ella, el alumno trabaja directamente sobre las distintas materias del curso puestas a su consideración y estudio, debiendo el profesor dirigir las iniciativas del alumno. De la observación y análisis de los hechos observados y de los experimentos realizados y consulta de libros, auxiliado por sus profesores, deducirá las conclusiones correspondientes, que deberán ser objeto del tema diario, que trasladará en cuadernos apropiados, los cuales, revisados por el profesor, servirán de fundamento a la explicación de éste para que el alumno pueda hacer por sí mismo las convenientes correcciones; sustituyéndose con este método el antipedagógico libro de texto y el sistema de aprender las lecciones de memoria, sin que ello signifique, no obstante, que el alumno no deba tener uno o varios libros donde poder preparar y repasar las lecciones.

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

Para el primer grado de enseñanza técnico-industrial, se empleará el método cíclico respecto al grupo de materias de carácter general, de modo que en cada curso escolar, el alumno estudiará las mismas materias con progresiva intensificación.

Las materias propias de la profesión u oficio se estudiarán con arreglo al método y a las normas especiales y consejos que para ello señale un Comité, Gremio o Sindicato de Maestros de dicho oficio y especialistas en la profesión.

La educación moral, más que objeto de lecciones magistrales, se obtendrá mediante lecturas apropiadas y los consiguientes comentarios que las mismas pueden sugerir al profesor, así como los que puedan deducirse de los hechos, a veces nimios, de la vida cotidiana. Una estrecha penetración entre el profesor y sus alumnos ha de ser la base de las relaciones mutuas. Y un Profesorado especial, escogido, de probidad indiscutible y de conciencia profesional intachable, inculcará al alumno futuro maestro de un oficio o futuro técnico de una industria esa moral profesional que, teniendo como base la noble emulación por los compañeros del oficio o profesión y el cariño y la satisfacción por la obra bien hecha, culmina en las relaciones honestas y leales que debe tener el profesional con aquellos que demanden sus servicios. Se extenderá también la educación moral del alumno a despertar en su espíritu el sentimiento corporativo y de ayuda mutua, mediante la creación en cada centro de enseñanza o en mancomunidades de centros, de instituciones a base de cooperación y de mutualidad, así como del intercambio de ideas, y se intentará, donde ello posible fuere, el auto-gobierno de la escuela por los mismos escolares, al estilo de ciertas escuelas de tipo anglosajón o de las Repúblicas escolares implantadas en Austria; todo ello con el fin de dar al alumno el sentido de la propia responsabilidad y de enseñarle el uso de la libertad, no olvidando que la educación debe tener como finalidad, no tanto el formar profesionalmente el individuo a base

de conocimientos técnicos, sino, y tal vez principalmente, el formar al ciudadano y al hombre. Otra cosa sería una deformación profesional que paralizaría inicua-mente las actividades de una clase de ciudadanos, sujetándolos a una esclavitud espiritual de peor índole que la esclavitud material que en otros tiempos imperaba.

La educación física debe ser organizada a base del estudio fisiológico de cada alumno y de los trabajos de taller a que se dedica, con el fin de poder corregir los defectos orgánicos innatos y evitar los que pudieran en él producirse a consecuencia de los trabajos manuales en el taller. Ejercicios gimnásticos de conjunto, juegos dirigidos y deportes completarán la educación física de los alumnos, así como escogidas sesiones de cine, excursiones y visitas a fábricas y talleres completarán la cultura general, y aun profesional, de los mismos.

Y con el fin de que el profesor pueda ocuparse en detalle, cual debe, de todos los alumnos, precisa que el número de ellos no sobrepase de treinta o cuarenta como máximo por clase. La eficiencia del trabajo profesional sobre una clase de mayor número de concurrentes es de un rendimiento muy reducido y entraña una dificultad muy grande para el profesor, si quiere, como es también su deber, calificar a conciencia a sus alumnos al final del curso, ya que es también preciso sustituir el actual absurdo sistema de exámenes, fundado, en gran parte, en el azar, por un sistema más racional, donde el profesor, con su responsabilidad, que es inmensa bajo este aspecto, diga al final de curso, cual un médico que hace un diagnóstico, los alumnos que están preparados y el orden de méritos respectivo, en su correspondiente asignatura. Todo ello mientras no se haya logrado sentar las bases científicas de una clasificación y de una selección escolar, que constituirían una parte de la técnica pedagógica que el profesor Pierón ha propuesto llamar la "Docimología".

#### *Jornada escolar.*

Los métodos preconizados en el párrafo anterior presuponen la conveniencia de que el trabajo diario del alumno no esté anárquicamente distribuido y arbitrariamente cortado, cual sucede hoy en la mayor parte de los centros de enseñanza. Estos deben predicar con el ejemplo y deben ser modelo de organización en sus tareas.

Durante ocho horas cada día, cuatro seguidas por la mañana y otras cuatro seguidas por la tarde, debe estar el alumno dentro de la escuela y constantemente ocupado, alternando las horas de estudio, de clases, de talleres o laboratorio o de gimnasia, de forma tal que se evite el *surmenage* producido por un exceso de una clase de trabajo. Al mismo tiempo se habituará el alumno a una disciplina y orden, no sólo dentro de las aulas, sino dentro de todas las dependencias del establecimiento.

#### *Talleres y laboratorios.*

Con el fin de que los alumnos respiren el ambiente industrial en el que más tarde han de convivir, es de gran conveniencia organizar los talleres y los laboratorios de los centros de enseñanza técnica en forma industrial o de fábrica, procurando que sean un modelo en su género, tanto por lo que atañe a organización interna como por la modernidad de sus máquinas y aparatos.

Además de los trabajos prácticos que en los mismos se efectúen como complemento de las lecciones orales y de las tecnologías, se construirán en ellos, por los alumnos y bajo la dirección del profesor o encargado, piezas y aparatos completos, se elaborarán productos destinados a la propia escuela, al Estado y a las Corporaciones y se verificarán en ellos ensayos de materiales que tendrán la garantía oficial del Estado: todo ello en forma tal que aleje la idea de competencia con los talleres, fábricas y laboratorios particulares que existan en la población.

Los talleres estarán funcionando durante

toda la jornada escolar de ocho horas, y al frente de cada uno habrá un maestro de plantilla, con categoría de profesor auxiliar, y encargado de la dirección de su propio taller. Al frente de la totalidad de los talleres habrá un profesor tecnológico, que asumirá la dirección total de los mismos, así como la de las salas de Dibujo y de proyectos a ellos anejas, cuidando de la organización y coordinación del conjunto.

#### *Régimen escolar.*

Es una aspiración unánime de todas las democracias, que sería de desear pudiera el Estado llevar a su efectividad, el que la enseñanza sea gratuita en todos sus grados. De momento, no obstante, y dada la idiosincrasia de nuestro país, tal vez no pueda lograrse tan justo deseo. El método de becas, al cual parece se inclinan muchas naciones, como sustitutivo de la gratuidad absoluta, se presta a abusos y a que la justicia no reine cual debiera en la distribución de aquéllas. En cambio, la equidad invita a adoptar un método de remuneración del servicio que presta al Estado mediante la imposición a los beneficiarios de tal servicio de una contribución proporcional a las rentas, ingresos o bienes de fortuna que ellos o sus familiares poseyeran, pero de la cual fueran excluidos aquellos cuyas rentas, ingresos o bienes no llegaran a una cantidad determinada. Sistema parecido está adoptado en Holanda. A eso podría añadirse el de beca o indemnizaciones de jornales a los padres y el de préstamos de honor.

La matrícula de los estudios se efectuará en oficinas distintas de las de los centros docentes, y a las de éstos, que deberían cuidar sólo de los expedientes académicos, serían enviadas por aquéllas, al finalizar el plazo de la matrícula, las listas de los alumnos que, por haber cumplido los requisitos demandados, deben considerarse como matriculados con derecho a recibir las enseñanzas en las clases, laboratorios o talleres. Esas mismas oficinas cuidarían de la recaudación de los derechos que po-

drían exigirse a todas aquellas personas que, con base científica suficiente, desearan trabajar en laboratorios y talleres.

Se establecerá un carnet escolar, que será entregado al alumno matriculado y le servirá en todos los actos civiles de tarjeta de identidad, con la que se le conferirían al mismo tiempo determinadas ventajas de índole económica.

Será abolido en absoluto el antipedagógico examen de las asignaturas. La aprobación de las mismas, así como el paso de uno a otro curso, se hará bajo la sola responsabilidad del respectivo profesor y según el trabajo escolar efectuado por cada alumno. Para el final de cada ciclo o grado se impondrán uno o varios exámenes de conjunto o de reválida, efectuados ante los Tribunales examinadores.

El particular y propio carácter de la enseñanza técnico-industrial veda, como cosa normal, la existencia de estudios y de alumnos no oficiales o libres, que podría permitirse únicamente en casos excepcionales y razonados, y sólo para las materias de carácter general. El alumno libre, que conoce sólo al profesor en el día de los exámenes y que aprueba o desaprueba la asignatura como en juego de azar, es una concepción arcaica de la monarquía española, que debe desaparecer en general y en especial para las enseñanzas técnico-industriales que requieren una sistematización regular de estudios, de trabajos de laboratorios y de talleres.

La jornada escolar y la asistencia a los centros de enseñanza técnico-industrial y a sus clases orales y prácticas respectivas serán obligatorias para todos los alumnos matriculados y no se permitirá asistir a ellas con el solo carácter de oyentes a aquellos que no estén matriculados y que, por tanto, no estén sujetos en todo a la disciplina que debe reinar en la escuela.

El año escolar comenzará, según antigua tradición, el día 1.º de octubre, y la parte lectiva del mismo comprenderá un número determinado de días de clase, que por ningún concepto ni razón podrá ser disminuído. Estará dividido por tres perio-

dos de vacaciones: de invierno, de primavera y de verano; permitiéndose también vacar en determinadas fiestas populares o de tradición, según acuerdos de los claustros, pero sin que nunca esos días puedan ser disminuídos de los de clase, que deberán ser todos los cursos invariablemente el número fijado.

Sería de desear que cada establecimiento estuviera provisto de uno o más autobuses y personal subalterno, con el fin de recoger y transportar los alumnos que habitaran fuera de un radio determinado de la escuela. Para estos alumnos debiera existir en cada centro una cantina donde poder tomar la comida del mediodía, y aun la merienda.

#### *Número de centros de enseñanza técnico-industrial y adaptación de los actuales.*

Las escuelas de primer grado, Escuelas de Trabajo o Institutos de Cultura popular, deberán extenderse en número todo lo posible. En ellas pueden refundirse las actuales Escuelas de Artes y Oficios Artísticos y las de Artesanos que puedan existir, con el fin de formar un todo armónico de enseñanzas técnicas aplicadas a los oficios industriales, a los artísticos y al artesanado. Ellas levantarían el nivel medio de cultura del pueblo, pudiendo sustituir, además, en ciertas poblaciones o comarcas, a los primeros cursos de los institutos de segunda enseñanza, por la índole de los conocimientos de carácter general que en las mismas podrían adquirirse, evitando así, en muchos casos, la duplicidad de centros del mismo grado, que muchas veces se traduce en dualismo entre los mismos.

Las escuelas de segundo grado, o Escuelas Industriales, serán, en principio, las mismas que existen en la actualidad, y todas ellas tendrán, como mínimo, las especialidades Mecánica y Eléctrica, que serán atendidas por el Estado, en cada presupuesto, proporcionalmente al número de alumnos que figuran en las estadísticas del curso correspondiente. *No podrá el Estado establecer una nueva especialidad que no vaya determinada por la verdadera y*

*real necesidad sentida por la población, región o comarca, y sólo después de un control riguroso de los medios de toda clase de que puede disponer la Escuela, y con el informe de un Inspector delegado del Ministerio o Comisión Inspectorá. Durante el primer año de vigencia de este plan, una Comisión inspectora hará una revisión y un estudio análogo sobre las Escuelas Industriales existentes, y propondrá al Ministerio aquellas que deban suprimirse (si es el caso), aquellas en que las especialidades deban aumentarse y aquellas en las que puedan y deban establecerse los estudios correspondientes al tercer grado.*

Toda Escuela Industrial o de segundo y tercer grado deberá tener aneja una Escuela del primer grado, Escuela del Trabajo o Instituto de Cultura popular. El desempeño de los cargos y de las asignaturas de ésta será acumulado, con la gratificación que el Maestro acuerde, al personal de la Escuela Industrial, siempre que exista analogía en las materias.

(Concluirá.)

---

## ENCICLOPEDIA

---

### LA CATEDRAL DE AVILA (1)

por D. Francisco Giner.

(Conclusión.)

#### II

Viniendo ahora a la sacristía, es una hermosa construcción gótica, con más carácter francés quizá que ninguna otra parte de la iglesia, superior a las más de las sacristías de nuestras catedrales. La iluminan hermosas ventanas; la cierra una bóveda octogonal, apoyada sobre arcos, y la decoran una arcada en el cuerpo de luces, cuatro grandes composiciones en relieve, de escaso valor, y un altar y retablo de mármol, del Renacimiento profuso, como casi todos, pero no de mucha mayor importancia que aquéllas.

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

Decididamente, a lo menos, desde el siglo XV, jamás hemos sido escultores. Ni Berruguete, con sus imitaciones de Miguel Angel, ni Becerra, más sobrio y expresivo, ni Montañés, quizá el más sentido y poético de todos, ni Cano, último de estos maestros, pueden ponerse en parangón, aunque sea de lejos, con el Greco, Velázquez o Ribera, o bien dentro de su propio arte, con las admirables estatuas del Pórtico de la Gloria, en Santiago, o las no menos admirables en León. La contienda de Berruguete con Felipe de Borgoña, en la sillería de Toledo, es muy instructiva en este punto. En cuanto a idea, a impulso genial y valentía, vence Berruguete, no obstante el amaneramiento de sus retorcidas figuras; mientras que las de su competidor son mucho más naturales y correctas, pero vulgares y frías. Ambos ceden, sin embargo, ante el maestro Rodrigo, autor del cuerpo inferior, mucho más puro y firme, y que les precede medio siglo. No parece sino que el Renacimiento fué todo lo contrario de lo que dice el nombre para nuestra escultura. Ciertamente que algunas cabezas de las Casas consistoriales de Sevilla, de la Universidad de Salamanca, o del patio de los Irlandeses y la fachada de Santo Domingo, en esta última ciudad, son excelentes; pero, ¿quiénes son sus autores? Los que se conocen, extranjeros. Además, cuando el genio de un pueblo no puede ya acometer la estatua, empresa capital de este arte, todavía guarda brío suficiente para la escultura decorativa, de que podemos presentar bellos ejemplares, sin duda. Pero—debe repetirse una y mil veces—, en punto a estatuas, para hallar entre nosotros cosa comparable con las obras clásicas extranjeras de la época cristiana, hay que buscarlas antes del siglo XV.

En la ante-sacristía (a que da ingreso una puerta y reja de buen gusto), y en la sacristía misma, se guardan algunas alhajas de interés: viriles, platos, cetros, reliquias, arquetas, etc. No es lícito olvidarse de la hermosa custodia greco-romana, de Juan de Arfe, tal vez la más interesante que de este gusto poseemos, análoga a las de Sevilla, Valladolid y Sahagún,

obras también del mismo renombrado artífice, como a la de Palencia, que lo es de él y de Benavente. Un cáliz esmaltado italiano, del siglo XIV; el libro de la jura de los Obispos, con bellas figulinas y esmaltes del XV, y algún otro viril, deben también notarse.

El claustro, situado al S., y bastante desfigurado, es, según Street, del XIV también, y tiene bellas proporciones. Encierra, sin embargo, muchos sepulcros anteriores, en el primer estilo gótico, todavía inspirado de las tradiciones románicas. ¿Será, pues, el actual una reconstrucción? Han de mencionarse asimismo la capilla de la Piedad, abierta en el ala de Poniente, y la del Cardenal, del XV, mucho mayor, dividida por una buena reja plateresca, alumbrada por dos ventanas, con vidrieras que se atribuyen a los maestros Santillana y Valdivieso, y emplazada delante de la Sala Capitular, a la cual da ingreso. Toda esta parte, así como las de las sacristías y construcciones anejas, se hallan indicadas con suma inexactitud en el plano de Street, en otros puntos excelente.

Dos palabras, para terminar, sobre el exterior de este hermoso templo. Ya se ha hablado del ábside, casi único en su género, entre nosotros. La puerta del N. y la torre son las otras dos construcciones que conviene notar; pues la fachada principal, salvo la parte inferior del único y sencillo portal que en ellas se abre, ha sido tan bárbara y anacrónicamente restaurada, en el estilo pseudogótico, como la de la Catedral de Toledo. En cuanto al resto del edificio, desaparece tras de las construcciones posteriormente agregadas. Exceptúanse los pináculos y algo de las almenas y cubiertas, que se destacan a veces sobre lo demás; aquéllos son robustos y severos, coronando los contrafuertes, decorados por una arquería del mismo gusto.

La indicada puerta del N., junto a la cual queda todavía una parte del cruce-ro de principios del XII, con sus canecillos románicos, es, sin duda, como afirma Street, una de las más bellas de nuestras iglesias, sólo comparable, dice, a las de Burgos y León, quizá superiores,

pero con cuya traza general guarda gran semejanza. Consta de un cuerpo inferior, con seis estatuas a cada lado; sobre este cuerpo descansa una rica archivolta de otros tantos órdenes, ornamentada en sus cinco huecos con estatuillas, delicadísimas algunas; en el centro del tímpano, formado por esta archivolta y el dintel horizontal de la parte superior de la puerta, se halla el Salvador, sentado dentro de su aureola, y tres fajas horizontales dividen el espacio restante en cuatro paños, ocupado por composiciones cuyos asuntos son los usuales (la Cena, la Coronación de la Virgen, etc.). Todo ello presenta el gusto del XIV, salvo el pórtico del XV, que protege esta bella fachada, apoyado en sus contrafuertes laterales y coronado por una crestería con sus correspondientes pináculos. A igual época, según todas las apariencias, pertenece el arco de tres centros que, por bajo del dintel, cierra la puerta, cuya forma y ornamentación, así como las de las jambas en que descansa, no parecen compatibles con el estilo general de esta portada, a pesar de la respetable opinión del ya citado Street (al cual, empero, hay que recurrir siempre que se trata de nuestra arquitectura de la Edad Media). No es difícil hallar señales de los remiendos posteriores. Añádase que las esculturas, inferiores, tal vez, a las de Burgos y León, como aquél asegura, son excelentes, sin embargo, y de semejante estilo, si bien hay quien censura el exceso de composición con que el autor ha rellenado materialmente el tímpano, y en especial la faja inferior. ¡Qué distancia, con todo, entre esta superabundancia y el apelmazamiento de tiempos ulteriores, v. gr., de la Catedral nueva de Salamanca!

A cada lado de la portada de Poniente y sobre las naves laterales había proyectada una torre; pero sólo la del NO. se concluyó. Es gótica, sólida, prismática, de base cuadrada, con dos contrafuertes de igual figura cada uno de sus frentes, cuyos ángulos decoran gruesos *crochets*, de corto pedículo, que a primera vista, por esta razón, tienen alguna semejanza con los adornos de bolas del XV;

cada contrafuerte termina con robustos pináculos adornados de manera análoga, excepto los de atrás, que están almenados. Tiene dos cuerpos, a más de la planta baja (que forman una capilla, según se dijo ya); y en cada cual de ellos, dos ventanas ojivales, separadas tan sólo por un pilar, adornadas con los mismos ganchos y coronadas por frontones. En su parte superior, los lienzos llevan una ancha faja de tracería gótica en relieve, y sobre ella corren las almenas, cuya forma de prisma, terminado por una pirámide, recuerda las arábigas, y es común en tantos otros monumentos españoles.

## LOS CUARTETOS DE LOS LUNES

por D. Manuel B. Cossío.

*Con el seudónimo de Un abonado, publicó el señor Cossío, en el periódico "La Justicia" (números del jueves, 30 y viernes, 31 de enero de 1890), que en aquella época representaba en la prensa madrileña la política de don Nicolás Salmerón, el artículo que ahora se reproduce en el BOLETÍN.*

*Este trabajo se refiere a los conciertos de la sociedad de Música clásica "di camera", que en el año anterior habían fundado en Madrid los jóvenes y ya ilustres artistas Tragó, Arbós y Rubio; conciertos con los cuales se aumentaba el número de los que podían escucharse de esta música, limitado hasta entonces a los de la Sociedad de Cuartetos, que desde hacía casi treinta años sostenía el inolvidable don Jesús de Monasterio, con una vocación, una constancia y un entusiasmo dignos de la mayor admiración.*

*A pesar del tiempo, nada corto, transcurrido desde la fecha de este artículo, en algunas de las cosas que en él se piden o se defienden o se censuran, podría ser escrito para nuestros días; lo cual vale tanto como decir que la actitud del público apenas ha variado en estos tiempos de aquella que con tanta exactitud y tanta justicia critica el señor Cossío en su admirable trabajo. Y así, gracias a esta pertinaz y errónea ac-*

titud, las geniales sinfonías de Beethoven, por ejemplo (para no hablar sino de obras muy oídas), continúan siendo ignoradas del gran público de los conciertos, para el cual la famosa Quinta es el Andante, y la Séptima, el Allegretto, y la Octava, el Allegretto scherzando, etc.; porque siendo éstos los tiempos que, como dice el señor Cossío, más se pegan al oído, los hace repetir siempre, y con ello, pierde la unidad con que estas obras y otras análogas han sido concebidas y compuestas, inhabilitándose para conocerlas, ya que deja de comprender la perfección y la belleza total de las mismas. Cuantos asisten a los conciertos, sobre todo a los sinfónicos, han presenciado con demasiada frecuencia la lucha que los directores de orquesta se ven obligados en ocasiones a sostener con el público para no repetir esos tiempos más conocidos, y la reacción, ni cortés ni simpática, de parte de éste, cuando no logra su propósito.

A pesar de todo, no cabe desconocer un progreso evidente en ciertos públicos, menos numerosos y, también, ¿por qué no decirlo?, más cultos, como los de algunas sociedades musicales privadas. De éstos puede afirmarse que su aplauso significa más bien la aprobación o el entusiasmo despertados por una ejecución profunda o elegante de la obra ejecutada, que no el deseo de una repetición. Y algo es algo. Pero, ¿no sería igualmente de desear que estos públicos se contentasen con el programa, por lo general demasiado largo, que se les ofrece y no mendigaran al final la limosna de una pieza más, o de varias, a artistas que han de hallarse fatigados del abrumador esfuerzo físico y espiritual que la ejecución de todo concierto supone?...

Sr. Director de *La Justicia*:

Mi querido amigo: Por si creyera usted que pueden tener algún interés para el público, le envío esas observaciones que se me ocurren a propósito de los excelentes conciertos de música clásica *di camera* que acaban de terminar y que con tanto éxito

fueron emprendidos desde el año pasado por los chicos, como familiar y cariñosamente suelen músicos viejos y antiguos abonados llamar a los hoy ya notables artistas, de cuyos primeros pasos en la conquista de la *virtuosidad* hemos sido testigos presenciales ayer de mañana.

La primera se refiere a lo tarde que empiezan y acaban las sesiones. ¿Por qué no han de llegar hasta aquí los aires reformistas que aspira, con justicia, a representar este elemento joven?

Si el Sr. Arbós y sus compañeros traen de Berlín y de Viena no sólo manifiestos deseos de refrescar los antiguos programas, a fin de darnos a conocer todo el tesoro musical de los clásicos, sino el entusiasmo, tan simpático siempre en la gente moza, hacia el estudio, y sin el cual no se llega ciertamente al armonioso conjunto de ejecución que tuvimos el gusto de escuchar, por ejemplo, en el cuarteto en *do mayor* de Haydn, ¿por qué no habían de traernos también las horas tempranas a que en aquellas capitales, tres veces más populosas que Madrid, se oye la música? Reparen los jóvenes innovadores—y conste que se lo llamo sinceramente, no como al cuervo de la fábula, por ver si sueltan el queso—que los cuartetos son goce estético y un elemento de educación de que hasta ahora, y van ya treinta años de ensayo, con rarísimas excepciones, viene sólo participando la honrada burguesía, desde el comerciante que ha de estar tempranito en su tienda, hasta el oficinista, el médico, el abogado, el hombre político, el literato, el catedrático (siempre menguando el número, ¡habráse visto cosa más rara!, según se sube en la escalera de la aristocracia intelectual; apenas se ve para un remedio un académico), todos los míseros mortales, en suma, obligados a ganar el pan con el sudor de su frente, y a quienes no es lícito pasar la mañana en “las ociosas plumas”, como puede hacerlo aquella selecta y bienaventurada clase que vive tranquila sin música *di camera* ni conciertos primaverales; verdad es que estos últimos suelen ser incompatibles con las corridas de toros, y no a todos es

dado el exquisito arte de fundir en admirable consorcio ambas delicias: la de elevar el espíritu a las superiores regiones del ideal con la serena contemplación de vientres abiertos de caballos, una vez confortado con las suaves melodías de la "Pastoral" o las vibrantes notas de la "Heroica".

Salir del Teatro Real a las doce de la noche cuando se canta "Hugonotes" o la "Africana", ya nos parecerá también a todos mal algún día; pero salir a las doce de un concierto de música clásica, condenar al aficionado a renunciar a la última parte (y ya hay muchos que renuncian) o a acostarse a la una de la madrugada, poniéndolo en el conflicto de faltar el martes a sus deberes, so pena de quedarse sin dormir lo que manda la higiene, es cruel, cuando tan fácil puede ser el remedio. ¿Por qué han de ser en esto de peor condición los *dilettanti* burgueses de Madrid que los de Londres, Berlín y Viena?

Bastaría, para conseguirlo, empezar a las ocho; a esa hora comienza el Real, y créanme los jóvenes artistas, no hablo en broma: el público que los aplaude es todo clase media y, contra lo que de ordinario sucede en España, no va de tertulia al cuarteto, ni a ver y a ser visto, sino a gozar con interés serio; por donde queda dicho que anticipará la hora de la comida, si por ventura necesitase hacerlo, para asistir en punto; reducir los intermedios con rigor a quince minutos, y aun así mismo resultarán más largos de lo que suelen ser en todas partes; y, por último, acabar con las repeticiones.

Tocante a éstas, es otra de las observaciones que me ocurren. Sé que la costumbre de pedir con frecuencia segunda (¡y hasta tercera!) - audición, está arraigada, pero no pienso en modo alguno que sería difícil desterrarla. Basta hacer el ensayo, cosa jamás intentada desde que yo recuerdo, y soy abonado antiguo a la veterana Sociedad de Cuartetos.

Un ruego cortés en los programas probablemente bastaría, y el público que asiste los lunes al Salón Romero es sobrado culto

para que dejara de atenderlo. La mayoría de los aficionados casi me atrevería a asegurar que no aprueban las repeticiones; pero como callan sin protesta cuando la minoría las pide, ésta se impone; que es, por lo demás, la ley que rige siempre en semejantes casos. Uno que grita hace más ruido que ciento que callan. Además, si protestasen, podría confundirse por algunos que se oponían al aplauso y no solamente a la repetición. En cuanto a los ejecutantes, yo no sé qué pensarán del asunto. Tal vez no estén conformes con este criterio, y hasta puede que haya alguno—cosas más raras se ven—a quien, por motivos de muy diversa índole, gustase repetir todo el concierto. Buen provecho le haga.

Como público, y desde mi punto de vista, pienso que, si el que pide la repetición de tres, cuatro y a veces cinco tiempos del concierto—como ocurre con frecuencia—no puede compararse, como decía ingeniosamente un distinguido diplomático la otra noche, más que al que pide de balde dos pasteles de casa de Lhardy, por la respetable consideración de haberle gustado el primero, acceder a ella sistemáticamente, o acusa complacencia, que no sentaría bien en quienes pretenden continuar con más pureza cada día la obra comenzada por el ilustre Monasterio en la formación del gusto musical de nuestro público, o procede de una idea totalmente diversa de lo que, a mi juicio, debe de ser el *virtuoso*; el cual, como el actor dramático, lejos de repetir mecánicamente el pensamiento musical escrito, arranca con estudio concienzudo, con ímprobo trabajo, el secreto de la concepción del poeta o del maestro, lo hace suyo con honrada fidelidad, y, a fuer de artista, de verdadero artista, *crea* un tipo, una manifestación personal, suya propia, que, inspirado, representa ante el público como si la estuviera concibiendo en aquel instante.

¡Qué donoso sería hacer repetir a Irving o a Mounet Sully la escena de *To be or not to be, that is the question!* Pues en algunas provincias españolas, si no Hamlet, porque Hamlet acaso no ha llegado a pro-

vincias, todavía se hace que Guzmán el Bueno arroje el puñal dos o tres veces, y otras tantas se mate al fraile de "Carlos II el Hechizado", a instancias del público. Verdad es que en Madrid no pasa lo mismo. Aquí el drama alcanzó ya la dignidad merecida. Los repetidores han dejado a los actores de verso tranquilos; pero en cambio, no hay romanza ni dúo dramático de esos que se *pegan* fácilmente al oído que no se repitan todas las noches en nuestro regio coliseo. ¡Pobres cantantes! Estoy viendo que cualquier posibilista devoto va a pedir a Castelar el mejor día la repetición de ciertos párrafos. Pero ahora recuerdo que no hará todavía un año repetía D. Alejandro Pidal—sí, señores—, repetía tiradas enteras de su fogosa improvisación en el Congreso Católico, a "instancias de fieles y prelados", como corre, por lo demás y para mayor dolor, impreso en el tomo primero de la Crónica de la referida Asamblea, página 217... Y ahora, ¿cabe más que exclamar con Leopardi: *¡o numi, numi!...?*

Si el artista y el público se respetan mutuamente, sólo un punto de vista puede haber que abone las repeticiones: el relativo a la formación de la cultura y gusto musicales; pero entonces deberían reservarse para afirmar aquellos pasajes oscuros y volver sobre los no entendidos; o, lo que es lo mismo, habría que repetir justamente lo que el público no aplaude. La imposibilidad de realizar esto se comprende, porque el concierto, si educa, como toda obra artística, no es una sesión de lectura musical, sino de ejecución ya preparada y ensayada para hacer sentir noblemente al que la escucha. Para los fines pedagógicos hay otros medios que, por fortuna, comenzaron también ya entre nosotros. Me refiero a las notables conferencias con audición de trozos de música que D. Gabriel Rodríguez dió allá por el año 1879 en la Institución Libre de Enseñanza, que después han continuado, aunque rarísima vez, en la cátedra del Ateneo, y que no han vuelto a tener eco hasta las sesiones sobre Beethoven, que ya con un carácter quizá algo más de es-

pectáculo estético que instructivo, tan brillantemente inauguró el año pasado en el mismo Ateneo el conde de Morphy. Poco es esto, pero nos holgáramos de tener otro tanto para el arte dramático y de poder escuchar de vez en cuando algo parecido a las famosas *matinées* de Sarcey, Brunetiére, Claretie, etc., en el Odeón y la Comedia Francesa, que si educan al público, haciéndole entender y gozar la verdadera belleza, no influyen menos en el artista encargado de representarla.

Si el artista, pues, en el concierto ejecuta, para decirlo en una palabra, de un modo religioso, y el público escucha religiosamente, no se ha de pretender reproducir con violencia estados del ánimo que deben tener su base en una sincera inspiración artística. Sólo cuando ésta falta, se explican las repeticiones; y no es precisamente el grado superior de sentimiento estético que puede lograrse el que se satisface con la repetición de partes sueltas de un trío o de un cuarteto, donde se rompe, muchas veces sin respeto y caprichosamente, la unidad con que la obra fué concebida, y en la cual sólo alcanza su completa belleza.

Por algo dice todo el mundo, aun aquellos que las solicitan, que las repeticiones "no resultan". Y es que en el oyente no se ha borrado todavía la insustituible frescura y pureza de la primera impresión, mientras el artista lucha a su vez en vano por renovar artificialmente un estado en cuya producción gastó ya las energías de su espíritu.

Aparte de todo esto, se observa que las repeticiones traen consigo casi siempre un peligro, del cual quisiéramos ver libres eternamente a los jóvenes concertistas, y es la tendencia, muchas veces inconsciente, en el ejecutante, a acentuar aquellos efectos más a propósito para apoderarse y continuar dominando a la masa del público. De este recurso de la exageración para *empoigner le public*, estamos hartos: músicos y cantantes, oradores y actores nos favorecen con él todos los días; mal año para ellos.

A los que conocemos el interés con que han buscado el Sr. Arbós y el Sr. Tragó y demás compañeros, en toda su educación musical, la atmósfera de aquellos maestros que representan lo que puede llamarse la honradez en el arte, la sinceridad, la exactitud, nos dolería mucho oír contar de ellos alguna vez lo que un aficionado muy inteligente, íntimo, entusiasta y paisano del malogrado Gayarre, me decía no ha mucho al volver de Inglaterra: "He necesitado ir a Londres para oír cantar a Julián como se debe".

Y ¿quién no se lo explica al recordar que Gayarre, cantando en Madrid el *Lohengrin* como pocas cosas ha cantado en su vida, con majestad ideal propia del personaje, corrección de lo más puro y exquisita delicadeza, jugando siempre en los registros medios, sin exageraciones violentas, sin notas ahuecadas, sin recargar las tintas, sin poner sangre al Cristo, no ha hecho gracia a nuestro público, que lo encontró, por lo menos, frío y desanimado?

Afortunadamente, para oír tocar al señor Arbós como se debe no hace falta ir a Londres. Si la primera vez que a su vuelta de Berlín se presentó, hace dos años, en los conciertos de primavera no tuvo la ovación ruidosa, debió achacarlo, más que a nada, a su carencia de efectismo, a la sinceridad de su interpretación. No le pese, sin embargo. Ya verá cómo nos vamos educando y le hacemos justicia. Es imposible no rendirse a la pureza con que el Sr. Arbós dijo sus frases del adagio en el "Cuarteto" en *do mayor* de Haydn. No se canse. Por algo me permito aconsejárselo. La repetición casi completa del "Cuarteto" en *fa menor* de Beethoven me hizo pensar en esto, y ya he dicho bastante.

Cuando se ha llegado a dominar la individualidad de cada artista en beneficio del cuarteto mismo, cuya unidad o armonioso conjunto es la primera belleza a que debe atenderse, y éste es acaso (a mi entender) el mérito más característico y principal de los conciertos de los lunes, hay motivo,

a pesar de las seducciones e influjo pernicioso del medio, para confiar en que no se ha de perder tan pronto la *via diritta*.

Ojalá no se pierda tampoco en los programas, hasta aquí perfectos, excepto el tercero, cuya segunda parte era ya una verdadera *selva oscura*.

El discreto *succès d'estime* que el señor Rubio obtuvo, a pesar del hermoso tono de su violoncello, fué debido a la insignificancia del *andante* de Molique y de las *danzas* de Brahms, preciosas estas últimas, pero no precisamente para figurar en un concierto clásico.

Y lo mismo digo de Spöhr y, con perdón de los aficionados, hasta de Chopin, todos los cuales agotaron en balde y por completo las fuerzas y la atención del auditorio, antes de llegar a Bach, que cerraba la segunda parte. Careció ésta de unidad y congruencia, condiciones que no pueden olvidarse al formar un programa, aun cuando se trata de ejecución de solos, resultando, además, inacabable, y el público (a lo menos aquel que no pide repeticiones) quedó tan desorientado como exhausto.

¡Qué lástima tener que oír sin interés —porque gozar era ya imposible— la admirable fuga con que el Sr. Arbós, para concluir, quiso obsequiarnos! Notas perdidas, que hubiera convenido guardar para otra noche, y tristes consecuencias de tantos aplausos, que no siempre dan buen resultado.

Desconfíe el Sr. Tragó, por ejemplo, de los que le prodigaron en la *Berceuse* y la *Balada* de Chopin, decidiéndole a ejecutar el *nocturno*.

Tengo al Sr. Tragó por el primer pianista español, tal como suena; admiro su mecanismo, su concienzudo estudio, la solidez de sus condiciones artísticas, y entre todas ellas, una que, de continuar cultivándola, ha de poner su personalidad, en medio de tanto *truc*, muy de relieve, y es la carencia de todo artificio que, en su modo de interpretar, brilla; la sinceridad, corrección y honradez con que aspira siempre a traducir la idea del maestro. Pero

no pienso que domina (como no puede dominar nadie) por igual todos los géneros, y antes creo que el estilo de Chopin, como acaso el de Schumann, y aun Mendelssohn, no cuadran enteramente con el carácter y especiales condiciones de nuestro pianista. ¿Acusa esto inferioridad? De ningún modo. Todo el mundo tiene, con razón, a Rubinstein por el rey del piano, y, sin embargo, hay muchos que piensan que Plan-té interpreta a Chopin mejor que Rubinstein. La nota severa que distingue al señor Tragó debe llevarlo a cultivar más a Beethoven.

Nunca ha llegado, a mi juicio, tan alto como en la interpretación de la gran sonata en *la*. Y es que la olímpica grandeza del pensamiento de Beethoven, si necesita de cualidades análogas en el espíritu del artista, y de un poderoso dominio técnico del instrumento, como lo posee el señor Tragó, para hacerse sensible, no exige, en verdad, ni el juego distinguido y gracioso ni el movimiento romántico, ni la expresión ondulante y repentinamente tierna o agitada, casi siempre lánguida y enfermiza, y siempre en contraste rápido con la que antecede y la que sigue, ni el constante matiz en el decir, ni el eterno clarooscuro en los efectos; ese ropaje de suprema elegancia, en suma, bajo el cual yo no sé si hay mucho fondo en Chopin, pero sin el cual sé perfectamente que no sabe a nada.

En tal cual trino, y en general en todo el modo que de ejecutar este género tiene el Sr. Tragó, acaso, ¿por qué no decirlo?, la *nuance* y el regulador se podrían echar de menos, y de esto a la severidad y dignidad con que interpreta cualquiera de los andantes de Beethoven, no sólo hay, pero se me figura que habrá siempre un abismo. Cuestión de carácter, como el actor que representa a Molière mejor que a Shakespeare—"Imposible sería dormirse con esta *Berceuse*"—me decía la noche en que se ejecutó una inteligentísima abonada; y yo, por mi parte, añado que los arpeggio del "Abendlied" de Mendelssohn fueron también a escape. Aquella introducción del sentimental y romántico, pero no por

eso menos delicioso e inspirado adagio, debió durar, a mi parecer, doble espacio de tiempo.

Con todo esto, y para concluir, Dios me libre de comparar al Sr. Rubio tocando el violoncello con ángeles o serafines, como me han contado que lo hacen los críticos (no le habrá hecho a él poca gracia verse entre los coros angélicos), ni decir, como dicen éstos, que para hablar del Sr. Tragó se necesita inventar un nuevo diccionario; porque temo que, de seguir por este camino, vayamos todos, músicos y auditorio, en un raptó de entusiasmo, a parar al viaducto, y entonces, adiós música clásica *di camera*; pero la verdad es que pocas veces se oirá una ejecución más acabada de la hermosa sonata en *si bemol* que la del último lunes.

Mi sincera felicitación a los *chicos* por su campaña, y todavía un ruego. ¿Por qué no publicar en los programas una breve noticia, no tanto de la vida como de la representación y carácter de las obras de los maestros, especialmente de los menos conocidos del público?

De usted, señor Director, afectísimo amigo, q. b. s. m.,

UN ABONADO.

### LA CIENCIA DE LA HISTORIA (\*)

por el prof. D. Rafael Altamira, C. A.

(Continuación.)

Queda todavía otro aspecto de la cuestión que tiene mucha importancia, y es la interpretación propia de la idea aristotélica de ciencia. El aforismo "no cabe ciencia de lo particular", tomado aisladamente, adquiere un carácter absoluto que, por lo menos, es discutible si refleja o no exactamente el valor que tuvo dentro de la Lógica de Aristóteles.

Sabido es que la aspiración del gran filósofo griego era de conocer los hechos no sólo en cuanto son, sino en cuanto deben ser, intentando resolver lo *contingente* en

(\*) Véase el número anterior del BOLETÍN.

lo necesario; de tal modo, que su lógica es un análisis racional de las condiciones con que debe satisfacer un razonamiento para que la *conclusión* se conciba como necesaria. De aquí que, para él, las cosas son conocidas científicamente cuando sabemos que “no podían ser de otro modo” (9), o sea cuando se enlazan a su causa; pero, resultado de la manera de concebir Aristóteles los géneros, las especies y las relaciones entre aquéllos y éstas, el conocimiento de las cosas como *necesarias* no se cumple sino cuando se ligan, por deducción, a una esencia específica; y como la conjunción de los *géneros* no puede darse más que fortuitamente (por azar), y por eso no cabe de ella ciencia, resulta pendiente toda su teoría del concepto de la independencia de los géneros, contradicho por el cartesianismo y el evolucionismo (10).

Este lazo—y, por tanto, el valor relativo (en consideración a determinada doctrina) que tienen las conclusiones referentes a la posibilidad de la ciencia, según los órdenes de realidad—se ve de una manera clarísima en la determinación de las tres especies de relaciones que Aristóteles distingue: primera, conjunciones de hechos que se realizan siempre (fenómenos astronómicos, verbigracia); segunda, conjunciones de hechos que sólo se realizan de ordinario (por ejemplo, las relaciones de las cosas físicas; mejor aún, de las morales); tercera, conjunciones o coincidencias que no se reproducen nunca o rara vez. La primera especie da lugar a la ciencia perfecta; la segunda, a una ciencia imperfecta, limitada a una simple probabilidad; la tercera no puede producir ciencia, según ya vimos. Y aquí es donde Aristóteles formula su sentencia de que “no hay ciencia de lo mudable”.

(9) Consúltese, sobre el concepto de causa, en crisis actualmente, el artículo de M. Lhéritier, *Historia y causalidad*, en el volumen de homenaje al profesor Halvdan Koth. Oslo, 1933.

(10) Boutroux, *Aristote*. En *La Grande Encyclopedie*, tomo III. Hemos seguido al eminente filósofo francés en el resumen de la doctrina aristotélica que nos sirve para plantear la cuestión que interesa a nuestro propósito.

Las cuestiones que de esto se deducen son dos: primera, las llamadas ciencias físicas y naturales, y más aún las del espíritu, ¿son o no ciencias perfectas? La contestación negativa parece desprenderse de lo dicho tocante a la segunda especie de relaciones; pero entonces la contradicción con el concepto moderno y con la misma enciclopedia aristotélica es evidente. Segunda, ¿en qué especie de relación han de incluirse los hechos de la historia humana? Si en la segunda, la afirmación absoluta de que no pueden constituir ciencia de su conocimiento, resulta muy limitada; si en la tercera, hay que plantear la cuestión del azar en la Historia, ya en los términos en que se ha discutido ordinariamente, ya en la forma de la teoría de los hechos que no se repiten, formulada por Xénopo. En ambos casos, la cuestión primera viene a ser sustituida nuevamente por la segunda; es decir, la del carácter de los hechos históricos; de su sumisión a leyes, no obstante lo accidental y la libertad humana; de su conocimiento y del grado de generalización a que éste puede llegar, y de la supuesta cualidad de no repetición, cuyo concepto, por otra parte, sería preciso profundizar y fijar con toda precisión.

En resumen, el célebre aforismo de Aristóteles, que ordinariamente se invoca como argumento decisivo, está tan íntimamente ligado con la concepción lógica entera del gran filósofo griego, que sólo en función de ella y colocándonos en la posición que supone su doctrina, adquiere su verdadero valor. Por otra parte, no pocos elementos de esa doctrina están negados por diferentes tendencias de la filosofía moderna, y, en conjunto, puede decirse, con Boutroux, que la lógica de Aristóteles se halla en crisis, por lo que se refiere a sus ideas fundamentales (11).

(11) La limitación del concepto aristotélico de ciencia ha sido estudiada también por el profesor G. Milhaud en su lección sobre *L'idée de science* (*Rev. des Cours*, 12 marzo 1903, págs. 34 y 42-43), especialmente. Téngase en cuenta igualmente que aquel concepto ni fué siempre el que tuvieron los griegos, ni el único que puede hallarse en la filosofía griega. (Véase Milhaud, 34 y 35.)

Por lo que toca, en fin, a la cuestión especial del concepto de ciencia, muchas teorías modernas se apartan ostensiblemente de la posición lógica aristotélica, ya calificando, desde luego, de científicos órdenes de conocimientos que es dudoso lo fueran dentro de aquella posición, ya desligándose del concepto de necesidad que limita por todos lados la doctrina griega.

La cuestión no puede, pues, considerarse como resuelta en el sentido aristotélico, y no cabe, por tanto, invocar éste a título de argumento que cierre toda discusión.

B) *La generalización en la Historia.*— Los autores están muy lejos de una conformidad en este punto. No sólo conceden en muy distintos grados la generalización en Historia, sino que a menudo revelan una vaguedad tal de ese concepto, que trasciende y perturba la doctrina entera. La generalización se ciñe para unos a la posibilidad de notar las semejanzas de los hechos, en virtud de las cuales pueden agruparse en series, permitiendo así que se hable, con respecto a un pueblo o época, de costumbres características, de instituciones, de sentido general de la vida, de psicología nacional o de raza, etc. (Ranke, Waitz, Monod). Sin esta generalización, las obras de los más grandes historiadores resultarían imposibles. El procedimiento de Taine (verbigracia, en su admirable *Ancien Régime*) no ha sido otro; ni es distinto el que se emplea en las historias universales, las historias narrativas de la civilización, etc. Para otros, la generalización llega a poder determinar leyes de carácter histórico, es decir, expresivas de una tendencia o dirección dominante o constante en un grupo de hechos (los positivistas, Lacombe, Winter, Mortet, Van Houtte) (12), aunque no pueda elevarse a más

(12) Véanse, sobre este concepto, mis *Cuestiones preliminares de la historia del Derecho*, capítulo I, II. Acerca de lo mismo, el artículo de Moret "Histoire", en *La Grande Encyclopedie* (tomo XX, págs. 122-443), donde se muestra el carácter genético de estas leyes y su naturaleza mudable. Sobre la identidad del conocimiento genético (histórico) y la ciencia para los positivistas, véase Richard (obra citada, *Introducción*, I). El peligro mayor que trae consigo el uso en la Historia de la pa-

amplios conceptos; sentido en que se hallan muchos eruditos alemanes modernos, entre ellos los ya citados Ranke, Waitz y sus sucesores. Otros van más allá, aceptando grados superiores de generalización, como Van Houtte en la que llama historiografía genética, causal o científica (13); o como Mortet, para quien, después de la coordinación de los hechos en agrupaciones sintéticas (primer grupo), la Historia puede deducir leyes generales que resumen los rasgos comunes de varias series de hechos, y leyes superiores que expresan las relaciones regulares y permanentes, por las que se puede explicar el encadenamiento de los hechos observados (14).

labra *leyes*, reside en que inclina inmediatamente a su acepción jurídica, es decir, de norma obligatoria de conducta, o sea, a pensar en una sumisión fatal de los hechos a normas de dirección y desarrollo, cuando el sentido en que han empleado los historiadores aquella palabra no expresa más que el reconocimiento, en lo ya sucedido, de una cierta continuidad de caracteres comunes y preponderantes, cuya existencia no compromete en manera alguna el futuro de esa misma especie de hechos; aparte de que el futuro no es todavía Historia, ni aun podemos asegurar que llegue a serlo. (Nota de 1934.)

Por otra parte, el concepto y la realidad de existencia de leyes en el mismo orden de los fenómenos naturales, está muy en crisis. Hace bien poco, ha escrito el profesor Boutaric, al tratar de *Aspectos de la física cuántica*, que: "La creencia en que todos los fenómenos están regidos por leyes debe ser más bien considerada como una hipótesis indispensable a la ciencia."

En cuanto a la teoría de los *ricorsi* o repeticiones (que no son, desde luego, la misma cosa en la doctrina, verbigracia, de Abenjalún o de Vico), en oposición a los hechos únicos y variables, como ritmo de la historia humana, se refiere a un problema muy diferente del que ahora examino.

(13) "Philosophie de l'histoire et sociologie" (*Annales de Sociologie*, págs. 287 y siguientes). Es un resumen de discusión en que intervinieron varios eclesiásticos: los PP. Vermeersch y Munnynck, los abates Cammerlynck y Deploige, etc., todos los cuales se muestran muy reservados en las conclusiones. Los grados que Van Houtte admite son: erudición, historia descriptiva o narrativa, historiografía genética, sociología dinámica y filosofía de la Historia. La sociología dinámica fué, al cabo, separada de este cuadro, por mayoría de opiniones.

(14) Artículo citado de *La Grande Encyclopedie*, págs. 133-4 y 142-3. En el mismo sentido, Dalla Volta (artículo citado de la

Más allá de estos últimos grados, se entra en la Filosofía de la Historia, que tanto Van Houtte como Mortet incluyen en el campo de la ciencia histórica (15). La inclusión es, por lo menos, discutible, pues la Filosofía de la Historia (su mismo nombre lo está diciendo), caso de ser posible—muchos la niegan—, será ciencia filosófica, y, por tanto, su admisión no corresponde ya al problema que aquí se discute, que es ver si en la Historia, y sin salir de ella, cabe generalización y abstracción de los hechos individuales y hasta dónde. Verdad es que el mismo concepto de la Filosofía de la Historia—aun admitida su posibilidad—está hoy muy vacilante (16) y complicado, además, con la identificación que entre él y el de la sociología establecen muchos autores, mientras otros se esfuerzan por distinguir ambos estudios (17); pero si se admite la formación sustantiva de aquella ciencia, es indudable que será dentro del campo de la Filosofía, y si se le reduce a cualquiera de los grados anteriores de generalización histórica, pierde toda importancia su consideración aparte.

Resulta, de todos modos, que la cuestión general que aquí nos ocupa no es tan clara, ni puede considerarse tan fácil de resolver en absoluto, que autorice a fundar conclusiones decisivas en una determinada solución de ella y para negar a la

*Rev. d'Economie*), quien pretende demostrar el absurdo que se seguiría de no reconocer la existencia de leyes históricas, y cómo el descubrimiento de ellas constituye la característica científica de la investigación histórica moderna (págs. 127-28).

(15) Es “el último grado de abstracción de que son capaces los hechos sociales” (Van Houtte).

(16) Véase, por lo que toca al campo católico, la discusión citada, en la que, naturalmente, se habló de Bossuet; y en punto a Herder, Hegel y otros filósofos, véase Bernheim, *Lehrbuch der historische Methode*, en cuyas opiniones se apoya Van Houtte.

(17) Véase el conocido libro de Barth, *Die Philosophie der Geschichte als Sociologie* (1897), el folleto de Ward, *Contemporary Sociology*, extractado por Posada en *La Lectura* (setiembre, 1902) y la discusión citada de los *Annales de Sociologie*. Mi doctrina hállase expuesta en el citado trabajo *Filosofía de la Historia y Teoría de la civilización*.

Historia el carácter científico. Más bien se inclinan algunos autores a considerar que el resultado de las polémicas recientes (en particular de aquellas a que en Alemania dió motivo Lamprecht, y a las que hemos aludido varias veces) no ha sido negar la posibilidad de las generalizaciones históricas, ni siquiera de las más abstractas, sino poner de relieve la insubsistencia de las que se han preconizado hasta ahora (todas demasiado absolutas), mostrar la complejidad del movimiento histórico y depurar el método para llegar a esas generalizaciones (18).

Claro es que, frente a los autores citados se hallan los que, como Croce, afirman resueltamente que “no hay leyes históricas, sino tan sólo intuiciones o hechos históricos” (19), o los que, como Schnü-

(18) Véase Van Houtte, “Les resultats des récentes controverses sur la conception scientifique de l'Histoire” (*Annales de Sociologie*, págs. 201-2 y 205-6). Sin embargo, es posible encontrar en esas conclusiones un vacío en un punto a la doctrina misma de las generalizaciones, que no son siempre iguales ni de una misma especie, sino, por el contrario, muy varias, según sea el orden de hechos que se pretenda abstraer y el punto de vista histórico que se adopte con relación al aspecto que convenga poner de relieve. Así, por ejemplo, cuanto más generales sean las series de hechos que interese conocer, más inexacta será la generalización, a menos de no olvidar que en ella se encierra una gran riqueza y variedad de procesos secundarios, que también se pueden generalizar hasta que se llegue a la mayor concreción posible. Para ver prácticamente la verdad de esta observación, basta pensar en la variedad de generalizaciones graduales que cabe hacer en relación con la historia de un siglo. Es posible que se puedan reconocer hechos generales a todo él y que, en efecto, convengan a una trayectoria común a todo el proceso histórico de los cien años; pero la unidad de dirección que esto señala hállase henchida de una multitud de procesos heterogéneos, que no son más ni menos verdad histórica que aquel otro, sino hechos cuya existencia es preciso conocer, para no engañarse con la aparente simplicidad de la generalización más amplia. Lo que se dice de un siglo puede igualmente aplicarse a períodos más breves y aun a la historia de un movimiento concreto de ideas o de hechos. Tal vez fué Gervinus, en su *Historia del siglo XIX*, quien primeramente llamó la atención acerca de esa complejidad dentro de una unidad de caracteres generales que, apreciados aisladamente, sólo dan un aspecto de la verdad histórica.

(19) Artículo citado, pág. 268.

rer, sostienen que los historiadores propiamente dichos no deben preocuparse de las leyes históricas, pues su único objeto es trabajar empíricamente; aunque el mismo Schnürer haya contradicho luego esta doctrina al discutir las ideas de Lamprecht y filosofar sobre la división de la Historia en períodos (20).

Conviene observar todavía otros dos hechos: uno es que quienes niegan a la Historia la cualidad de ciencia por no serle posible generalizar ni inducir las llamadas *leyes*, limitan su negación al campo propio y rigurosamente histórico, es decir, rechazan la posibilidad de esas generalizaciones para el historiador como tal, pero admiten que, sobre la base del conocimiento histórico, aunque fuera ya de la *Historia*, se pueda generalizar, filosofar, etc. Tal es la posición de Croce (21) y también la de Rivera (22). Ambas dan lugar, naturalmente, a un problema nuevo.

El otro hecho a que aludimos es el de que son compatibles la negación de las leyes históricas y la afirmación de que la Historia es ciencia. Así se ve, por ejemplo, en Xénopol y en Langlois. Para Xénopol, resueltamente, "todo ensayo de formular leyes reales de desarrollo, leyes que reproduzcan el modo de manifestación de fenómenos sucesivos, o leyes que los expliquen, no conducirá a resultado alguno"; y, sin embargo, no sólo admite para la Historia la cualidad de ciencia, sino que, como veremos, hace de ella un género nuevo (23). Por su parte, Langlois niega tam-

bién la existencia de leyes históricas; pero ni escatima por esto la cualidad de ciencia a la Historia (antes bien, cree que así se afirma más), ni deja de reconocer que "sobreponer en varias líneas los hechos rigurosamente verídicos", no es el último esfuerzo posible de la ciencia histórica (24).

La otra corriente advertida en quienes niegan que la Historia sea ciencia, es la de aquellos que creen imposible la verdad y la certeza en el conocimiento histórico. Nace esta creencia, ya del género de observación (indirecta, a través de testimonios) en que se afirma, no sin error, que consiste toda la Historia, ya del escepticismo referente a la veracidad e imparcialidad humanas, que, de no existir, turbarían toda fuente de conocimientos relativos a la vida individual y social.

A lo primero parece que dan base las reservas que los más circunspectos investigadores cuidan de hacer en punto a la seguridad en los resultados de la investigación histórica y las dificultades de comprobación e interpretación con que el investigador lucha a cada paso. Los peligros que tiene el uso de testimonios ajenos; la carencia de fuentes en muchos casos; lo externo y débil del rastro que muchos de los hechos dejan, son, sin duda, circunstancias que colocan en una inferioridad grande al conocimiento histórico, o, por lo menos, le crean series considerables de motivos de duda o error (25). Pero si todo esto es cierto, no lo es menos que en manera alguna debe confundirse la dificultad (y, a veces, la relatividad) del conocimiento histórico con la imposibilidad de su certeza. En primer lugar, hay hechos que el investigador puede ver por sí mismo, y que para él son materia de un conocimien-

(20) Apud Van Houtte, págs. 204-5.

(21) "Admito solamente, de acuerdo con Labriola, que se puede filosofar a propósito de la Historia, es decir, que se pueden aclarar, mediante procedimientos intelectuales, los conceptos que el historiador pone en acción (*met en oeuvre*); esta serie de aclaraciones no constituirá, sin embargo, un conjunto de doctrinas sistemático y original, sino que será un préstamo de las diversas ciencias filosóficas y naturales." *Loc. cit.*, pág. 263.

(22) *Las ilusiones científicas de la Historia* (*Rev. de Aragón*, abril, 1903; págs. 326-7, 328, 329); *Por los métodos, ¿es ciencia la Historia?* (ídem, junio, 509-10), y *¿Qué tiene de científica la Historia?* (ídem, julio a setiembre, págs. 67, 68, 73-4).

(23) Véanse los trabajos citados en la "Introducción", II, *Concepto de la Historia*,

y, además, el artículo "Etude critique sur une Histoire univeselle" (*Année Sociologique*, año VI, 1902).

(24) "Introducción", capítulo citado.

(25) Véase una exposición excelente de esta cuestión en la *Introduction aux études historiques*, de Seignobos y Langlois, y más brevemente, y en relación con lo que ahora discutimos, en el citado artículo de Mortet, especialmente, págs. 141-2. Véase también Rivera, "Lo científico en la Historia" (*Rev. de Aragón*, diciembre, 1903, págs. 369-70).

to tan directo como para el naturalista el de un fenómeno observado. Además, los restos históricos se presentan a nosotros muchas veces tal como fueron, y entonces producen también un conocimiento directo que no necesita pasar por el intermedio de otro conecedor. Sabida es, por otra parte, la importancia enorme que los restos tienen para estudiar la historia del arte, de las costumbres, etc., y la significación fundamental (no puramente estética) que el arte tiene en punto a la vida y a la psicología de los pueblos. Ciertamente es que como, al fin y al cabo, en todo conocimiento hay una interpretación subjetiva, el observador de hechos y de monumentos ha de contar con el error posible de su ecuación personal; pero ésta no es una condición exclusiva del conocimiento de la Historia humana, sino general a toda clase de conocimientos. También es necesario tener en cuenta que la perfección de los métodos de estudio y de la crítica histórica permite hoy llegar a un grado de comprobación y de exactitud tan grande, en muchos casos, como el de las ciencias físicas y naturales (26).

(Concluirá.)

---

## INSTITUCION

---

### IN MEMORIAM

#### Maré-Alta.

D. MANUEL B. COSSÍO

por D. Manuel Monteiro.

Em transes especiais como os que a Espanha neste momento atravessa é, pelo menos razoável falar nos seus valores mais universalmente afirmados, e que, a seu modo, con-

(26) "Una vez cumplida la obra de la crítica filológica y arqueológica—dice Richard—, el testimonio, según lógica de Kant, adquiere la misma certeza de una observación directa. Y según esto, ¿acaso los fenómenos humanos no han de poder clasificarse y explicarse como los fenómenos de la Naturaleza, que no son menos contingentes y heterogéneos en sus condiciones que aquéllos?"—*Loc. cit.*, pág. 310.

tribuiram para a demanda de novos horizontes do pensamento.

E éste de que agora pàlidamente se fala —Cossío— não foi de somenos importância, e afincadamente consumiu a sua quási longa existência—nasceu em Haro, provincia de Logroño em 22 de Fevereiro de 1857, e morreu em Collado Mediano, nos arredores de Madrid, na madrugada de 1 de Setembro de 1935—na renovação moral e mental da Espanha que tanto amou.

E' bom notar, sem qualquer espécie de comentários, que a chamada grande imprensa portuguesa, na altura em que êste pensador e pedagogo peninsular faleceu, vai para cinco meses, apenas noticiou sêcamente o facto, e assim como se se tratasse de facadas em Alfama, ou de novo vestuário mais reluzente do cauteleiro fardado. Sirva de desculpa, ou de mágoa, o que Unamuno disse, a respeito do fraco o nenhum comércio espiritual entre os povos da península, e tão irónicamente exposto no seu livro *Por terras de Portugal y de España!*

Foi Cossío, como tantos outros espanhóis ilustres formados no último quartel do século passado, um espírito profundamente reflexivo e atento, mais que tudo, aos males de que a Espanha padecia, e derivados de uma longa estagnação, ou alheamento sistemático e secular de tôdas as ideias modernas.

Calmo, culto, isolado entre os seus papéis e livros queridos, a sua vida é um longo apostolado que vai espalhando muito saber e uma atitude clara e decidida frente aos velhos preconceitos e soberbias que a Espanha burbónica trazia e em si encerrava.

Chamam-lhe os espanhóis, e muito bem, "Um santo laico!".

Dados biográficos, agora, aqui, pouco interessam, tão escassos são sempre os limites requeridos pelo leitor de jornal. Importa mais dizer que a Espanha teve em Cossío uma das grandes individualidades da Europa, em pleno século XX, e das maiores em superioridade de espírito e perfeição moral.

E' mesmo corrente que, independente-

mente da obra publicada e em que avultam trabalhos sôbre Arte e Educação, a grande acção de Cossio exerceu-se no campo moral, e saiu do seu aprumo nunca desmentido, a-pesar-de atravessar todos os períodos em que a Espanha clerical e ronciceira reagiu até aos extremos inconcebíveis!...

Cumpridos os primeiros estudos, aos 14 anos completava o bacharelado no Instituto de Avila, e aos 17 terminava a licenciatura em filosofia e letras na Universidade de Madrid.

Pouco depois, os grandes precursores da Nova-Espanha—Salmerón, Giner de los Ríos, Azcárate, Moret, etc.—fundavam a *Institución Libre de Enseñanza*, que tanta influência exerceu nos destinos das novas gerações, e Cossio, então com cerca de 20 anos, foi um dos primeiros e mais assíduos alunos. Este facto, ou estes factos, assumem uma importância decisiva, pois dêles deriva tôda a actividade futura de D. Manuel Bartolomé Cossio. Notado, desde logo, por D. Francisco Giner de los Ríos, de quem foi aluno, grande amigo, e mais directo continuador, entrou logo como auxiliar para a *Institucion*, e pouco depois ia para a Universidade de Bolonha, onde, entre outras matérias, cursou, cuidadosamente, filosofia e pedagogia. Na sua volta a Espanha ainda ensinou Arqueologia e História da Arte, sendo nomeado director do Museu Pedagógico em 1883. E' o momento culminante da sua vida. Possuindo já uma longa preparação cultural aliada à frequência constante da "Institucion Libre de Enseñanza", estava marcada a directriz da sua existência, definitivamente. Em Giner de los Ríos encontrou amparo bastante e um dedicado amigo para tôdas as emergências.

A vida de Cossio, desde então, desdobra-se entre o Museu e a "Institución", e com umas ou outras descidas à crítica artística, pois conhecia perfeitamente todo o património artístico de Espanha.

Segundo acentua um seu íntimo amigo e conhecedor da sua obra, Cossio era um tipo de filósofo grego, asemelhando-se nas

suas lições a Sócrates. Falava mais do que escrevia, continua, e meditava mais do que falava.

Das suas mudanças pelas principais nações da Europa colheu ensinamentos preciosos, que foi publicando em livros sucessivos, na maior parte com feição educativa. E tem livros acêrca do ensino em França, Alemanha, Inglaterra, Bélgica, etcétera. São valiosos, sobretudo, os trabalhos sôbre a primeira educação e há até quem veja em Cossio um precursor da "escola activa" e dos "centros de interesse". Mas como êste ponto merece mais largas referências—num pais que em questões pedagógicas só olha para a Suíça e Bélgica—, pode ficar para outro artigo, acrescido ainda com a consequente acção de D. Manuel Cossio nas Missões Pedagógicas, que a República Espanhola pôs em prática, sendo Ministro da Instrucção don Fernando de los Ríos.

(De *A Voz da Justiça*, de Figueira da Foz, número de 22 de enero de 1936.)

## NOTAS DE EXCURSIONES

por los profesores D. José M.<sup>a</sup> Giner  
y D. José Ontañón, C. A.

### Toledo.

15 de mayo de 1927.

Día dedicado a los no conocedores de la ciudad. Hicimos el viaje en tren, vía Aranjuez. Salida de Madrid a las 9,45 de la mañana, y llegada a Toledo a las 11. Visitamos: Puente de Alcántara, Hospital de Santa Cruz, Mesón de la Sangre, Alcázar y Cristo de la Luz, por la mañana. Comimos en la Puerta del Sol. Tarde: Catedral, Santo Tomé, Casa del Greco, Tránsito, Santa María la Blanca y Claustro de San Juan de los Reyes. Jugamos en el Castillo de San Servando. Salida, 8 noche, y llegada a Madrid, 10,20. (Véanse los números 864, 886, 892 y 893 del BOLETÍN, correspondientes a abril de 1932 y a febrero, agosto y setiembre de 1934.)

## Navalcarnero, Villa del Prado, Cالدسو de los Vidrios, Cenicientos, Almorox, Escalona, Maqueda, Santa Cruz del Retamar y Valmojado.

22 de mayo de 1927.

Hicimos la excursión en autocar. Salida: 7,20 de la mañana. Regreso: 10 de la noche.

Por la carretera de Extremadura, hasta *Navalcarnero*, donde hicimos la primera parada.

### Navalcarnero.

Su típica *Plaza* conserva, en dos de los lados, soportales, apoyados en pies derechos de madera y alguna columna, ocultas las fachadas de las casas viejas por los balcones-galerías, con antepechos de madera o hierro, para presenciar las fiestas.

La *Iglesia*, cuya torre de ladrillo tiene arquerías ciegas y termina en chapitel de pizarra, es de tres naves, al parecer del siglo XVI, con arcos de granito rebajados separándolas y sencillos pilares. Los retablos son, en su mayoría, barrocos, y a los pies de la iglesia hay una insignificante y curiosa pintura del XVII, de la Virgen del coro de la Catedral de Toledo, en la que se puede ver cómo estaba vestida la preciosa estatua gótica en aquel siglo. Lo saliente de esta iglesia, que la aparta de lo corriente, es la cuadrada *Capilla* que, en el lado izquierdo, se levantó, a todo lujo, en la segunda mitad del siglo XVII, para conmemorar el matrimonio, celebrado en este pueblo, de Felipe IV con Mariana de Austria, su segunda mujer, el 4 de octubre de 1649. La cubierta de esta capilla es una cúpula, exteriormente revestida por el castizo chapitel de pizarra. Rico retablo y frontal de plata, y muros cubiertos por vigorosas pinturas (Apostolado), de buen pincel de la escuela de Madrid, encuadradas en marcos barrocos, que hacen un conjunto de armónica suntuosidad.

Continuamos el viaje, disfrutando de un hermoso día de primavera, por la carretera de Arenas de San Pedro, que, a la salida del pueblo se separa a la derecha, y desde la cual se domina, como desde ningún otro la-

do, la Sierra de Guadarrama, con las estribaciones que la unen a la de Gredos, destacándose enfrente la mole de El Escorial. La carretera desciende, durante diez kilómetros, hasta Villamanta, cruzando una vega, regada por el arroyo Valdeyeso, y desde este pueblo, pasados otros diez kilómetros, se llega al Alberche y al pueblo de Aldea del Fresno, donde la carretera dobla bruscamente. Se cruza el río por un largo puente (en el que aún hemos pagado pontazgo), para salvar el ancho y poco profundo cauce, por donde el agua se extiende fácilmente. Desde el río a Villa del Prado hay otros diez kilómetros. Inmediatamente de pasar aquél, se atraviesa la Dehesa del Rincón, magnífico encinar, entre el cual resaltaban, en este día, espléndidos espinos en flor. Después, una gran llanada, hasta el pueblo.

### Villa del Prado.

Dos monumentos de interés: la *Iglesia* y el *rollo*. La primera, obra del siglo XV, es tosca y fuerte. Una sola nave de granito, con imposta de bolas, y su ábside correspondiente. Dos portadas laterales, una con arco canopial y otra con arco de asa de cesta, ambas protegidas por pórticos coetáneos. La torre primitiva se alza junto al ábside. La gran *torre*, tradicionalmente atribuída a Juan de Herrera, es digna de él; magnífico añadido grecorromano, terminado en 1587 (según dice una inscripción), de base cuadrada, toda de granito y con el remate del consabido chapitel. Una nave con arcos formeros, que arrancan del suelo, sin pilares; tracería gótica, sencilla, que revela arcaísmo. Todos los retablos, incluso el Mayor, son churriguerescos, excepto uno, a la izquierda, de fines del XVI. En el retablo central, la efigie esculpida de su titular, Santiago. La nota más interesante de la iglesia la da el *coro*, a los pies, obra del siglo XVI, de buen Renacimiento, con excelente decoración en granito. En la Sacristía, un pequeño Cristo gótico; cáliz con el pie gótico, decorativo y basto; una buena casulla bordada, del XVIII, y cajonería de este tiempo.

A la salida del pueblo, en las eras, se alza el *rollo*, del siglo XVI, columna de granito, terminada en fanal, y perfectamente conservado.

De Villa del Prado a Cadalso, 15 kilómetros. Se remonta una divisoria, con monte bajo, que domina "el Prado", y se entra después en un frondoso monte de pinos, desde donde se divisa el movido y fértil valle de Cadalso, la ingente mole de la "Peña" de este pueblo, montón de granito del tipo de la Pedriza de Manzanares, y al fondo, la de Cenicientos. Dejado el pinar, se cruzan huertos de almendros y de higueras, con sus viñas, labrados en los irregulares espacios que quedan entre las piedras.

### Cadalso de los Vidrios.

Tiene un aspecto bien distinto al de los demás pueblos de la Sierra, mezcla de tipo serrano y abulense; de mancha oscura de granito; casas toscas de balcones, con barandales de madera, grandes tejados planos y algunas de aquéllas con portadas y escudos nobiliarios, siempre en granito, entre las que descuellan una gótica y otra de fines del XVI. La *Iglesia*, también de granito, grande e inconclusa, de fines del XVI, no es interesante. El *Palacio*, por el contrario, lo es mucho. Perteneció al marqués de Villena, y estaba ya hecho en 1534. En el lugar que ocupa existió otro que fué de D. Alvaro de Luna (pues este pueblo es del Señorío de Escalona), quien lo frecuentaba para la caza. No se sabe cómo era. El actual ha llegado hasta nosotros maltrecho; pero conserva una hermosa *galería* de dos pisos sobre el jardín, con columnas renacientes, dinteles y zapatas, todo en granito. El *jardín*, que tuvo en el centro un templete de este estilo, desmontado después y trasladado fuera del pueblo, hoy se halla malamente dividido, por ser de dos dueños. Está limitado por recia muralla de granito, abierta por una arquería para contemplar el paisaje y sobre ella corre un *paseador* con recios barandales de piedra y escaleras helicoidales, en las torrecillas de los ángulos, tra-

bajado con la mayor esplendidez. Aun se conservan hermosos cipreses, que indican lo que debió ser aquello. Fuera del recinto seguía el jardín, del cual quedan todavía, caídas y despiezadas, escalinatas, terrazas y un grandioso *estanque* rectangular, con paseador, bancos y templetos en los ángulos, del mejor Renacimiento. Desde este estanque se disfruta de una espléndida vista de Sierra y lejanía, hasta el valle del Tajo.

Seis kilómetros de áspera subida nos llevan a *Cenicientos*, asentado al pie de la "Peña" de su nombre, y típico pueblo de sierra, con gran *Iglesia* gótica del siglo XVI.

Durante la subida hicimos varias paradas, para la contemplación del paisaje.

De Cenicientos a Almorox, once kilómetros, por estrecha carretera, muy movida, atravesando huertos y viñas.

### Almorox.

Una plaza rectangular, presidida por el Ayuntamiento, edificio de granito del siglo XVIII, tiene en su centro el *rollo*, fechado en 1566, y consistente en columna cilíndrica sobre gradería de base cuadrada, rematada en fanal también cuadrado.

*Iglesia* gótica del siglo XVI, de granito, de una única nave, cubierta por crucería cuya enorme bóveda tiene sección semicilíndrica, sin pilares adosados al muro. Peor proporción que la de Villa del Prado, y, como en ésta, dos puertas laterales; la de la derecha, gótica, sencillísima; la de la izquierda, que es la principal, añadido del siglo XVI, con buen pórtico, y aquélla finamente adornada, de excelente Renacimiento, como la *torre*. Un rosetón, más delicado que el resto del conjunto, se muestra en la fachada. Los líquenes dan un tinte peculiar al granito. El retablo mayor es neoclásico. Lo más interesante del interior es el *púlpito* de ataurique, del siglo XV, probablemente traído de Escalona. Dos retablos del siglo XVI, con pinturas, y una reja gótica en la capilla de la derecha completan el conjunto.

Desde la *Ermita de la Piedad*, que domina el pueblo, se extiende un magnífico pa-

norama, que abarca desde la Sierra al valle del Tajo.

Después de recorrer el pueblo, nos dirigimos a un pinar (2 kilómetros), donde comimos y descansamos.

Ocho kilómetros a Escalona.

### Escalona.

Este típico pueblo toledano se asienta en un escarpe sobre el Alberche. Fué conquistado por Alfonso VI, poco antes de Toledo, y su fuero lo otorgó Alfonso VII, en 1130. El momento de esplendor, sin embargo, corresponde al siglo XV, durante la larga privanza de D. Alvaro de Luna, cuya era esta villa, cabeza de sus estados. A él se debe la construcción del *Castillo*, que sustituyó al primitivo, el cual vió nacer, en 1284, al infante poeta D. Juan Manuel. El pueblo está cercado casi íntegramente por *muralla* sin cubos, de paredones lisos, desalmenados ya, cuyas caras son de sillería a espejo, y el relleno, de cascote y cemento, y que se extiende en un cuadrado bastante regular. Fuera del recinto no hay casas, excepto el Convento de Clarisas, con sus anejos. Conserva una puerta ruda y baja, con un arco gótico, sobre la que se levanta la modesta torre de ladrillo de la *Iglesia*, separada de ésta, que se halla emplazada interiormente junto al recinto. Es grecorromana, de tres naves, hecha a retazos y añadidos, durante los siglos XVII y XVIII. El techo, de madera, se hundió. El actual, de albañilería, es de 1904. Retablos bastos, churriguerescos. En la nave del Evangelio hay uno, grecorromano, con pinturas, y los retratos de los donantes. ("El Capitán Gabriel Fernández, Fam. del St. Ofizio y D.<sup>a</sup> Ana Burgos, su muger, dieron este retablo a Ntra. Sra. de los Remedios, año 1652"). El coro, a los pies de la iglesia, tiene una sillería insignificante, y sobre la silla principal, una preciosísima *Virgen gótica*, lo mejor de la iglesia.

*Hospital de San Andrés*.—Sobre la puerta, composición de azulejos del siglo XVI, representando al titular, entre los escudos de los duques, sus patronos.

*Las Monjas*.—Como se ha dicho, fuera de la muralla. Se entra por un pintoresco compás, lleno de plantas. La iglesia, que tiene una puerta Renacimiento, de granito, es de una nave gótica, con bóveda de crucería complicada, acaso ya del siglo XVI, y crucero con su cúpula, añadido en el XVII o XVIII.

La *Plaza*, rectangular, con una gran cruz central sobre escalinata, es muy completa y tiene soportales, en los que se ven restos aprovechados del Castillo, y casas blanqueadas. En el *Ayuntamiento* hay una galería de dos pisos, con machones góticos del mismo origen.

Hay por el pueblo casas de interés, con rejas, balcones volados, algún patio y portadas, principalmente en la calle que va de la Plaza al arco de la muralla.

*Castillo*.—Colocado a poniente del pueblo, en un alto cortado a pico sobre el Alberche, está unido a aquél por la muralla. No parece quedar nada del del siglo XIII. La obra conservada la levantó don Alvaro de Luna, con gran riqueza, entre 1435 y 1437. Sus artífices debieron de ser mudéjares de Toledo, y en su interior se vivió la vida más refinada en aquel tiempo. Allí llegaron los primeros anuncios del Renacimiento de Italia. Tiene de castillo y tiene de palacio. Hay una gran fortificación exterior, en la que aparece la mampostería concertada, con cubos de defensa, y dentro, una plaza de armas amurallada por tres de sus lados. Por el cuarto, a mano derecha, se alza el Palacio, con buena portada de piedra, de planta rectangular y torre en el ángulo NE. En el torreón central de la fachada está la Capilla, cuya bóveda, policromada y con un florón central, no pudimos ver, por ser difícil la subida. Sobre la puerta mencionada aparece el escudo del fundador, coronado con yelmo. Del patio interior sólo queda parte del enlosado, y a él pertenecieron las columnas y pilares de la Plaza. Los *atauriques* que aún hemos llegado a ver, análogos a los del Taller del Moro, de Toledo, adornaban las puertas y ventanas del ala que domina al río; pero, posteriormente a nuestra visita, se han des-

plomado los muros al intentar el descombro. Aún se ven por los muros restos de tracería gótica de los ventanales, sin parteluces. Varios *torreones* parecen añadidos del siglo XVI, como también algunas *ventanas* de dinteles de granito, que deben haber venido a sustituir otras anteriores. La torre del homenaje es cuadrada, y el conjunto, de los más completos entre los abandonados restos de los castillos españoles.

De Escalona a Maqueda se recorren 12 kilómetros atravesando una pequeña divisoria, que separa el valle del Alberche del pequeño del arroyo de Prada. Los olivares, que ya han aparecido desde Almorox, van en aumento, alternando con las tierras de pan llevar.

### Maqueda.

Fué ciudad importante en la época del Reino de Taifas de Toledo; conquistada por Alfonso VI, conservó, durante la baja Edad Media, un fuerte núcleo de mudéjares. Los Reyes Católicos la dieron en señorío, con título de Duque, a D. Diego de Cárdenas, cuya familia levantó el castillo a la segunda mitad del siglo XV. Hoy es un pobre pueblo, que apenas conserva vestigios del pasado, en el cruce de la carretera de Madrid a Extremadura con la de Avila a Toledo.

En la Plaza queda el *rollo* incompleto, pues le falta el fanal del remate. Consiste en una columna cilíndrica, con capitel de cuatro cabezas de león. Siglo XVI.

Hay restos de una *muralla*, construída por los árabes en el siglo XI, de la que subsisten dos torreones, uno de ellos de mampostería concertada, del mayor interés, hermano de la Puerta de Bisagra, de Toledo.

La *Iglesia* es un amasijo de construcciones de todos los tiempos. Existen al exterior unos arcos góticos, que acaso fueron de una primitiva y que sirven ahora de contrafuertes. Nada nos dicen los muros de la actual, que es de tres naves, torre moderna y un ábside lateral del XV, con arquerías ciegas. Aquéllas tienen cubiertas de madera, pero en la central, el viejo *alfarje*—magnífico—sólo se conserva

en la Capilla Mayor, con pinturas y dobles tirantes. El resto se hundió o quemó y se rehizo hace poco. El Retablo Mayor, de 1554, es Renacimiento, de cuatro cuerpos, de madera estofada, con pintura y escultura, y en él se destaca un buen *relieve*, de la Última Cena, en el centro del segundo cuerpo. Detrás de la mesa del altar queda el viejo *frontal*, de azulejos de Talavera, y éstos revisten también el zócalo de la Capilla Mayor, los escalones que suben al altar y los pilares del Arco del Triunfo, con representación de figuras, fechado en 1567. En las naves laterales, retablos churriguerescos. En la de la derecha, un retablo renaciente, menos fino que el Mayor, dedicado a San Juan Bautista y procedente de un convento derruído extramuros. Al final de ella, el Bautisterio, cubierto con un precioso *artesonado* mudéjar con estalactitas. Junto al coro, un gran *capitel* de mármol, probablemente de la decadencia romana, convertido ahora en pila de agua bendita.

*Castillo*.—De planta cuadrada, con torreones en los ángulos y en el centro de cada lienzo de pared, y sin obra alguna defensiva alrededor. Quedan en pie los cuatro lienzos de sillería a espejo, con almenado de ladrillo, y la puerta de entrada, de piedra, con arco de grandes dovelas, arrabá, adorno de bolas y los escudos de los Cárdenas y Enríquez, y protegida por un matacán. Nada se conserva en el interior, ni siquiera restos que pudieran indicar la distribución de la planta.

Emprendimos el regreso por la carretera de Extremadura, e hicimos dos detenciones, una en *Santa Cruz del Retamar*, y otra, en *Valmojado*, por si encontráramos algo de interés. Es el primero un pueblo grande, con casas blanqueadas y anchas calles, cuya iglesia, del siglo XVIII, no ofrece interés. En el segundo, visto ya con las últimas luces del día, la iglesia tiene unas corrientes cubiertas de madera, en sus tres naves.

De Maqueda a Madrid, 74 kilómetros.

Madrid.—Imp. de J. Cosano.—Palma, 11.